

De pasos y entremeses

Lope de Rueda
Miguel de Cervantes
Hnos. Álvarez Quintero



(Al abrirse el telón se muestra la fachada de una casa castellana ante cuya puerta llega, arreciado de frío y de humedad, TORIBIO, llevando una carga de leña que deposita con prontitud en el suelo para poder llamar en ella con todas sus fuerzas).

TORIBIO. ¡Válgame Dios! ¡Qué tempestad ha caído sobre mí desde el monte hasta acá, que parecía que el cielo se quería hundir y las nubes venirse abajo! Menos mal que ya estoy en casa. Veamos ahora qué ha preparado de comer mi buena señora, ¡mala rabia la mate! ¡Mencigüela! ¡Muchacha! ¡A ver si es que todos duermen en Zamora! ¡ÁGUEDA!

MENCIGÜELA. *(Abriendo la puerta)*. ¡Jesús, padre! ¿Es que tiene usted que romper las puertas?

TORIBIO. *(Sin entrar a la casa)*. ¡No me grites, deslenguada; mira que muerdo! ¿Y dónde está vuestra madre?

MENCIGÜELA. Está en casa de la vecina. Ha ido a ayudarle a coser unas madejillas de hilo.

TORIBIO. ¡Malas madejillas vengán por ella y por vos! Anda y llámala.

ÁGUEDA. (*Que aparece en escena por la derecha del espectador*). Va, va. Ya estoy aquí. ¡Vaya voces y vaya un misterio! Total, para una negra carguilla de leña...

TORIBIO. ¿Carguilla de leña le parece a la señora? Juro por el cielo que entre vuestro ahijado y yo no podíamos con ella.

ÁGUEDA. Ya, ya... Pues, en hora mala sea. ¡Y qué mojado venís!

TORIBIO. Vengo hecho una sopa. Mujer, por vida vuestra, dame algo de cenar.

ÁGUEDA. ¿Y qué diablos te voy a dar, si no tengo cosa alguna?

MENCIGÜELA. ¡Jesús, padre, y qué mojada que está la leña!

TORIBIO. Claro; después tu madre dirá que es del rocío de la mañana.

ÁGUEDA. Corre, muchacha; prepara un par de huevos para que cene tu padre, y hazle luego la cama. (*La chica entra a la casa mientras*

los esposos continúan la conversación). Seguro, marido, que no te has acordado de plantar aquel garrote de aceitunas que te rogué que plantaras.

TORIBIO. ¿Pues, en qué me he detenido sino en plantarlas como me rogaste?

ÁGUEDA. ¿Sí? ¿Y en dónde lo plantaste?

TORIBIO. Allí, junto a la higuera breval, donde, si te acuerdas, en cierta ocasión te di un beso.

(MENCIGÜELA aparece de nuevo, asomándose a la puerta).

MENCIGÜELA. Padre, ya puede venir a cenar, que ya está todo preparado.

ÁGUEDA. Marido, ¿sabéis lo que he pensado? Que aquel garrote de aceitunas que plantaste hoy, de aquí a seis o siete años nos dará cuatro o cinco fanegas de aceitunas, y que poniendo plantas aquí y allá, de ahora a veinticinco o treinta años, tendremos un olivar hecho y derecho.

TORIBIO. Es verdad, mujer. Sería lindo.

ÁGUEDA. Mira, marido: ¿sabéis que he pensado? Yo cogeré la aceituna y vos la acarrearéis con

el asnillo, y luego, Mencigüela la venderá en la plaza. Y mira, muchacha, que te mando que no me des el celemín por menos de dos reales castellanos.

TORIBIO. ¿Cómo a dos reales castellanos? ¿No veis que eso es un cargo de conciencia y nos recomerá cada día la pena? Bastará con pedir catorce o quince dineros por celemín.

ÁGUEDA. Calla, marido, que las aceitunas son de la variedad de las de Córdoba.

TORIBIO. Pues aunque sean de la casta de las de Córdoba, basta con pedir lo que he dicho.

ÁGUEDA. Ahora no me quiebres la cabeza. Mira, muchacha, que te mando que no las des a menos de dos reales castellanos el celemín.

TORIBIO. (*Tomándola del brazo derecho*). ¿Cómo que a dos reales castellanos? Ven acá, muchacha: ¿a cómo las venderás?

MENCIGÜELA. A como quisiera, padre.

TORIBIO. A catorce o quince dineros.

MENCIGÜELA. Así lo haré, padre.

ÁGUEDA. (*Tomando a su hija del brazo izquierdo*). ¿Cómo que «así lo haré, padre»? Ven aquí, muchacha: ¿a cómo las venderás?

MENCIGÜELA. A cuanto mandes, madre.

ÁGUEDA. A dos reales castellanos.

TORIBIO. (*Volviendo a tirar con fuerza del brazo derecho de MENCIGÜELA*). ¿Cómo que a dos reales castellanos? Te prometo que si no haces lo que te mando, te daré más de doscientos correazos. ¿Cuánto pedirás?

MENCIGÜELA. Lo que usted diga, padre.

TORIBIO. A catorce o quince dineros.

MENCIGÜELA. Así lo haré, padre.

ÁGUEDA. (*Ahora es la madre de MENCIGÜELA quien tira con fuerza del brazo izquierdo de su hija, mientras la golpea al mismo tiempo*). ¿Cómo «así lo haré, padre»? Toma, toma... Haz lo que te mando.

TORIBIO. Deja a la muchacha.

MENCIGÜELA. ¡Ay, madre; ay, padre, que me mata!

(Por la izquierda del espectador aparece providencialmente ALOJA, vecino de ÁGUEDA y TORIBIO.)

ALOJA. ¿Qué es esto, vecinos? ¿Por qué maltratáis así a la muchacha?

ÁGUEDA. ¡Ay, señor! Este mal hombre que me quiere dar las cosas a menos precio y quiere echar a perder mi casa. ¡Unas aceitunas que son como nueces!

TORIBIO. Juro por los huesos de mi linaje que no son ni aún como piñones.

ÁGUEDA. Sí son.

TORIBIO. No son.

ALOJA. Ahora, señora vecina, hágame el placer de entrar a su casa, que yo lo averiguaré todo.

ÁGUEDA. Averigüe, averigüe...

(ÁGUEDA entra a la casa, refunfuñando entre dientes).

ALOJA. Señor vecino, ¿dónde están las aceitunas? Sáquelas aquí afuera, que yo las compraré, aunque sean veinte fanegas.

TORIBIO. Que no, señor; que no es de esa manera que vuesa merced piensa, que no están las aceitunas en casa, sino en la heredad.

ALOJA. Pues tráiganlas aquí, que yo las compraré todas al precio que fuese justo.

MENCIGÜELA. A dos reales quiere mi madre que se venda el celemín.

ALOJA. Caro es.

TORIBIO. ¿No le parece a vuesa merced?

MENCIGÜELA. Y mi padre, a quince dineros.

ALOJA. Tráigame una muestra de ellas.

TORIBIO. ¡Válgame Dios, señor! Vuesa merced no me quiere entender. Hoy he plantado un garrotillo de aceitunas, y dice mi mujer que de aquí a seis o siete años dará cuatro o cinco fanegas de aceituna, y que ella las cogería, y que yo la acarrearé y la muchacha las vendiese, y que por fuerza había de pedir dos reales por cada celemín; yo que no, y ella que sí, y sobre esto ha sido la cuestión.

ALOJA. ¡Oh, qué graciosa cuestión; nunca había visto cosa igual! Las aceitunas no están plantadas y ¡ya ha cobrado la muchacha!

MENCIGÜELA. ¿Qué le parece, señor?

TORIBIO. No llores, rapaza. La muchacha, señor, es como el oro. Ahora, anda, hija, y ponme la mesa, que prometo hacerte un regalillo de las primeras aceitunas que se vendan.

ALOJA. Y ahora, andad, vecino, entraos y tened paz con vuestra mujer.

TORIBIO. Adiós, señor.

(MENCIGÜELA y su padre entran a su casa mientras ALOJA, a modo de reflexión en voz alta, sentencia).

ALOJA. Por cierto, ¡la de cosas que vemos en esta vida que espantan! Las aceitunas no están plantadas, y ya las hemos visto reñidas. Razón será que dé fin a mi embajada.